

# ÓPERA EN EL TEATRO REAL DE MADRID

---

Magda Ruggeri Marchetti

## Cavalleria rusticana e I pagliacci

Director musical: Jesús López Cobos. Director de escena: Giancarlo del Monaco. Escenógrafo: Johannes Leiacker. Figurinista: Birgit Wentsch. Intérpretes: (I) Tatiana Anisimova, Nicola Rossi Giordano, Carlo Guelfi, Viorica Cortez, Dragana Jugovic. (II) Richard Margison, Serena Daolio, Juan Pons, Antonio Gandía, Ángel Ódena. Orquesta y coro del Teatro Real. Teatro Real, 15 de febrero de 2007.

*Cavalleria rusticana*, de Pietro Mascagni, sobre libreto de Targioni-Tozzetti y Guido Menasci, se estrenó en el teatro Costanzi de Roma el 17 de mayo de 1890 obteniendo un éxito rotundo. Esta ópera ofrece, en el espacio temporal de una hora y cuarto, una síntesis magistral de melodía y fuerza dramática manteniendo siempre una gran unidad estilística.

*I pagliacci*, de Ruggero Leoncavallo, con libreto del mismo compositor, se estrenó en el Teatro dal Verme de Milán el 21 de mayo de 1892 con gran éxito. La ópera debe su fuerza a la concisión y a la intensa expresividad de un lenguaje musical que exhibe momentos de vigor wagneriano y una vena melódica incisiva.

Las dos óperas suelen representarse seguidas no sólo por pertenecer a la misma corriente y por haberse escrito con dos años de distancia una de otra, sino también por su temática: amor, traición, celos y final trágico con muertos apuñalados. Del Monaco ha captado este nexo, está convencido de que «son dos gemelos condenados a vivir juntos» y por eso ha montado su espectáculo empezando con el Prólogo («Si può? Si può?») de *I pagliacci* que en realidad se convierte en el de las dos representaciones por cuanto entre éste y la propia obra se intercala *Cavalleria rusticana*.

Las dos piezas pertenecen al verismo que, nacido en Italia como movimiento literario con Giovanni Verga, pasó a la música. Y en efecto *Cavalleria rusticana* está basada en el homónimo cuento de este autor y se considera como el manifiesto del verismo musical. La Giovane scuola italiana, de la que formaban parte Mascagni, Puccini, Leoncavallo, Giordano y otros, siguió aquellos ideales y se propuso una renovación en sentido verista de la ópera lírica. Estos músicos compartían, más que los temas, no siempre y no del todo veristas, algunas afinidades estilísticas, sobre todo un tipo de vocalidad fuerte con bruscos y frecuentes cambios del registro central al agudo. Este estilo, que dominó en Italia, se proyectó después a toda Europa y también a América. En España ejerció su influencia en la ópera y en la zarzuela. Citamos tan sólo *La Dolores*, de Bretón, y *La vida breve*, de Falla. Ya no se trata de melodrama, sino más bien de problemas socioculturales, y los protagonistas son gentes del pueblo y ello se refleja también en el lenguaje llano, directo y de agresiva vocalidad.

Giancarlo del Monaco ha conseguido un montaje excepcional y ha demostrado gran maestría presentando estas dos óperas como una función ininterrumpida de teatro dentro del teatro, dando una continuidad al espectáculo que no hemos visto en otras versiones. La novedad comienza con la entrada de Juan Pons en el papel de Tonio, que canta el Prólogo cruzando el patio de butacas, por el que se irá también al final de las dos óperas, pero el gran acierto es la interpretación de *La cavalleria rusticana* como una tragedia no sólo siciliana sino también mediterránea, pues la bellísima escenografía de bloques de mármol blanco podría sugerir tanto un pueblo griego como uno andaluz. Y el blanco entorno contrasta con los negros trajes de todos los actores creando imágenes impactantes y sublimando a escala universal esta historia de celos y venganza.

La escenografía de *I pagliacci* es muy realista y fiel al libreto, aún situada en un pueblo italiano al final de los años cincuenta, como revela no sólo el vestuario, sino sobre todo la presencia de un camión aparcado entre dos grandes fotos de Anita Ekberg en *La dolce vita*. Sin duda hubiéramos preferido las fotos de Zampanó y Gelsomina, cuyo recuerdo flota en el ambiente durante todo el espectáculo, pero creemos que el director ha querido subrayar el contraste



TEATRO REAL

Fotógrafo: Javier del Real ©

*Cavalleria rusticana*, de Pietro Mascagni.  
(Javier del Real)



I pagliacci, de *Ruggero Leoncavallo*.  
(Javier del Real)

entre la vida regalada de cierto mundo romano y la amarga existencia de estos pobres payasos que viajan de pueblo en pueblo en un camión destartalado convertido en teatro.

Jesús López Cobos dirigió con su habitual firme pulso la orquesta, que dio una versión impecable, obteniendo un gran resultado. Acompañó cuidadosamente a los cantantes y consiguió crear una atmósfera cálida y a veces emocionante. El coro no dio todo lo que se esperaba de él. Del Monaco extrajo la parte más dramática y emocional de todos los cantantes, que realizaron magníficas interpretaciones aunque vocalmente algunos fuesen sólo correctos. En particular señalamos a Tatiana Anisimova que, en el papel de Santuzza, se entregó sin reservas para convencer y emocionar, llegando sin problemas a los sobregudos, controlando la coloratura y dando a su canto una gran carga dramática. Notable también la voz de Serena Daolio en el

papel de Nedda. Entre las voces masculinas sobresalió Richard Margison interpretando a Canio, cantando su texto con absoluta sabiduría y llegando a emocionar con «Vesti la giubba», donde expresa todo su desgarro interior porque, aún sabiéndose traicionado, ha de salir a escena a arrancar la risa.

El público de una tarde de domingo estaba entusiasmado y aplaudió a los actores efusivamente, apreciando el gran espectáculo.

### La pietra del paragone, de *Gioachino Rossini*

Director musical: Alberto Zedda. Director de escena, escenógrafo y figurinista: Pier Luigi Pizzi. Director del coro: Jordi Casas Bayer. Intérpretes: Marie-Ange Todorovitch, Patrizia Biccirè, Laura Brioli, Raúl Giménez, Marco Vinco, Paolo Bordogna, Pietro Spagnoli, Tomeu Babiloni. Teatro Real, 25 de marzo de 2007.



La pietra del paragone, de *Gioachino Rossini*.  
(Javier del Real)

Rossini escribió *La pietra del paragone*, sobre libreto de Luigi Romanelli, cuando tenía tan sólo veinte años y por encargo del Teatro alla Scala de Milán, que la estrenó el 25 de septiembre de 1812 obteniendo un éxito extraordinario (53 representaciones). Este *melodramma giocoso* se desarrolla en la casa de campo del conde Asdrubale quien, para conseguir casarse con una mujer que le quiera verdaderamente, somete a pruebas a las tres aspirantes disfrazándose de mercader turco y presentándose como un acreedor autorizado a embargar todos sus bienes, cosa que consigue alejar a los huéspedes frívolos y parásitos y comprobar la verdadera amistad de Giocondo y Clarice. Por medio de otro disfraz, ésta última consigue asegurarse del amor del conde y llegar así al final feliz. La trama mezcla un lenguaje moderno con otras soluciones que recuerdan el teatro de la tradición italiana.

La música de Rossini es aquí especialmente rica de inventiva y muchos (Stendhal, el maestro Zedda y otros) la consideran como su mejor ópera. En efecto, aquí el músico deja los temas de la ópera *buffa* para dibujar con gran sentido de la ironía personajes cómicos, pero no caricaturescos, sino más bien frívolos, cínicos, arribistas que quieren sacar provecho del amigo rico. Y dado que esta situación es bastante frecuente también en nuestros días, el director ha trasladado la historia a los años setenta y para la reconstrucción de la escena ha recordado la residencia campestre que tenía en aquellos años en Castelgandolfo, trayendo incluso algunos muebles de ella.

Esta producción se estrenó en el Festival de Pesaro en 2002 con un éxito enorme. La escena representa una elegante casa de campo construida en un claro entre árboles frondosos, que se asoma a un gran jardín con una piscina de cierta profundidad y su correspondiente trampolín. La mansión tiene grandes ventanales con puertas correderas que dejan percibir el interior. La escena, inmutada durante toda la función, cobra vida gracias a la agilidad de los actores, que se bañan, toman el sol, juegan al tenis, bajan al patio de butacas, mezclándose con el público e interactuando con el maestro Zedda, a quien uno de los personajes le quita la batuta y hace ademán de dirigir la orquesta. Importante papel tienen los colores. Bajo la cegadora luz de un verano mediterráneo reina el blanco de las paredes, de las sillas, mesas, tumbonas, sombrillas, con temas de rojo y negro. Una fiesta de colores es también el elegante vestuario femenino. La maravillosa escenografía, el movimiento, la ironía, la modernidad de la función son mérito del director de escena Pier Luigi Pizzi, que con su excepcional sentido estético consigue transformar un libreto difícil en una moderna y brillante comedia.

No ha sido menor la contribución del maestro Alberto Zedda, el gran especialista en Rossini, cuya dirección ha sido soberbia. Él ha sabido imprimir una vitalidad que empieza con la brillante obertura, una de las mejores del compositor, y mezcla con sabiduría la presentación de los personajes (piénsese en la cavatina de Clarice, «Quel dirmi, o Dio») y lo cómico y lo serio que transmite la partitura. Con el vigor y la vivacidad que imprime a la orquesta consigue subrayar la riqueza de contrastes y pasar de los alegres cuartetos y tercetos a páginas líricas y poéticas llenas de melancolía como la del hombre no amado (Giocondo). Pero su protagonismo deja espacio a los cantantes y permite a todos mostrar lo mejor de sus capacidades. Así Marie-Ange Todorovitch luce su magnífica voz desde el principio para culminar en la gran página para contralto «Se per voi le care io torno».

La actuación de todos los cantantes es de gran altura, tanto desde el punto de vista teatral como musical, bajo la firme dirección de los dos grandes maestros. Marco Vinco encarna a un

conde gallardo e inteligente, supera con agilidad todas las dificultades y seduce al final con su aria «Ah! Se destarti in seno». Paolo Bordogna, el poeta Pacuvio, tiene gracia y buena voz, Raúl Giménez muestra todo su oficio en los pianísimos, especialmente en la romántica aria «Quell'alme pupille». Pietro Spagnoli da vida a Macrobio, un periodista presuntuoso, y, junto con Patricia Biccirè (Fulvia) y Laura Brioli (Aspasia), representa al grupo de los parásitos e intrigantes de la compañía. Puede que esta ópera haya sido olvidada durante muchos años por necesitar tantos protagonistas, pero es indudable que los espectadores se mostraron entusiasmados y todos salimos invadidos por una alegría que sólo tal música podía habernos transmitido.